



LOS GIRASOLES

De todo lo que hacemos nada hay tan auténtico, limpio y claro como cuando llevados del ansia de aire puro nos calzamos las botas, cargamos a la espalda el morral y guiados por el sol salimos monte arriba a reencontrarnos con la verdad.

Una de nuestras primeras canciones nos animaba a comenzar temprano las jornadas y hacerlo cantando para ser los primeros, y nos recordaba que para bien amar a la Patria no hay otro camino que conocerla. Cuatro décadas después esta canción nos invita a renovar ese compromiso. Salimos de amanecida cuando el día empieza a despertarse, cruzando ese bosque de pinos que es casi siempre el compañero de todos nuestros caminos.

De valle en valle, de colina en colina, recibimos con la misma alegría el calor de la luz del sol, portadora del impulso de la vida, y la refrescante presencia de la lluvia, vida en sí misma. Y subimos, subimos, subimos, las cosas pequeñas de las tierras bajas van quedando atrás y se ven, allá a lo lejos, en su verdadera dimensión. Cuanto más cerca del Cielo más lejos de todas las pequeñeces, las miserias, las cosas vanas de las que conviene mantenerse a distancia. Para subir hay que sudar, y cuando estamos sudando y resoplando, y viendo el brillo del sudor y oyendo el resoplido del compañero, la mayor parte de nuestras preocupaciones cotidianas aparecen como lo que realmente son: naderías.

Arriba, siempre arriba. Y llegamos y acampamos. En paz con todo. Aparece milagrosamente una guitarra y las oscilaciones del fuego dan a todas las sombras un aire fantasmagórico. Las voces jóvenes, ajenas al cansancio, se elevan hacia el cielo. Y en lo alto una estrella, que trae a cada cual toda suerte de recuerdos, nos asegura la calma de nuestro descanso.